



HOJA INFORMATIVA SOBRE LA VIDA Y FAMA DE SANTIDAD DEL SIERVO DE DIOS **ISIDORO ZORZANO** DEL OPUS DEI, INGENIERO INDUSTRIAL

NUM. 13

MADRID, ENERO 1952

OBEDIENTE HASTA EL FIN

En la conducta de un hombre, todo obedece a algo. Conducta es precisamente esto: acción conducida. Lo contrario es obrar sin ton ni son, que es lo que hacen el inconsciente y el memo. Los actos de un hombre, que lo sea verdaderamente, obedecen a algo. Y cuando este hombre es de la categoría de Isidoro, se guía siempre por la voluntad de Dios.

Está muy claro que obedecer a Dios no es caer en servilismo, sino adquirir señorío, dominar la situación, en una palabra, es reinar, según la expresión certera de la Liturgia, «que servire regnare est». Servilismo sería obedecer a otro imperio distinto, como hace el que «sigue la corriente» o el que se deja llevar por su capricho.

Ese servilismo del que ha descarriado su vida, es extraordinariamente grave en sus consecuencias. San Pablo denunció su gravedad con frase rotunda: «Por la desobediencia de un hombre entró el pecado en el mundo» (Rom. 5, 12). El trastorno producido por la desobediencia ha sido tan profundo, que fué necesario que Cristo se hiciera obediente hasta la muerte y muerte de cruz, para redimirnos del pecado. Gracias a la obediencia ejemplar de Cristo, «así como por la

desobediencia de uno, todos fueron hechos pecadores, por la obediencia de uno, todos serán hechos justos» (Rom. 5, 19).

Pero el Cristo total no acaba en la Cabeza, sino que comprende también a los miembros del Cuerpo místico. Los cristianos, que formamos parte de ese Cuerpo, hemos de vivir la vida de Cristo, que es vida de obediencia a la voluntad de Dios. «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado», ha dicho nuestra Cabeza (Joann. 4, 34). De aquí, que la Iglesia ha considerado siempre como elemento esencial de la vida de perfección cristiana, la virtud de la obediencia.

Isidoro, que siguió un camino cierto de perfección, el del Opus Dei, vivió siempre la obediencia más delicada. Durante el curso de su última en-

fermedad dijo a uno de sus hermanos de la Obra que fué a visitarle: «Hemos de estar entregados del todo a la voluntad de Dios y pedirle que nos dé espíritu sobrenatural, aun en medio de las mayores contrariedades, para cumplir siempre el deber de cada instante.» Estas palabras impresionaron hondamente al que las escuchó, pero más le impresionó todavía, días después, el ejemplo práctico de la obediencia de Isidoro, muy pocas horas antes de su muerte, y nos lo describe así:

«La última vez que vi a Isidoro fué el mismo día de su muerte. Llegué a las once y media de la mañana al Sanatorio y me advirtieron que no le preguntara nada ni le hablara, porque estaba muy mal. Efectivamente, su cara era la de un moribundo, con los ojos medio entornados y la respiración fatigosa. Hacía mucho calor. Se dió cuenta de que entré, pero no pudo decirme nada. Al cabo de un rato me pidió un poco de agua. Luego de beber abrió más los ojos y parecía estar más despejado. La religiosa que le atendía le secó el sudor de la frente; él lo sufría con paciencia, porque evidentemente le molestaba que le movieran la cabeza. A las

Isidoro Zorzano vivió en medio del mundo y se santificó en el mundo. En su vida apenas hay hechos extraordinarios; lo extraordinario consistió precisamente, en buscar con heroísmo la perfección en el trabajo ordinario y en los detalles corrientes de cada día.

En esta HOJA, que se publica periódicamente, se dan a conocer diversos aspectos de la vida del Siervo de Dios y algunos de los favores obtenidos por su intercesión.

doce me puse en pie para rezar el Angelus; lo dije en alta voz y él me seguía lentamente. A cada momento volvía la cabeza para mirar el Crucifijo que estaba en una mesa al lado de la cama. Al coger un Via Crucis de bolsillo, con las medallas de las estaciones pegadas al cuero, me indicó que le gustaba tenerlo a la vista. Le dije que era muy bonito y le pregunté que quién se lo había traído. Me contestó sonriendo que el Padre (siempre que nombraba al Fundador de la Obra se le iluminaba el rostro). La religiosa enfermera entró a ver si se encontraba con ánimos para tomar algo. Realmente no se sentía con fuerzas. En vista de ello, resolvió darle extracto de hígado nada más. Pero él, acordándose de que el Padre le había dicho que obedeciera al médico, me dijo avisara a la enfermera que estaba dispuesto a comer también yogour y mermelada. Esto suponía para él un sacrificio muy grande, pues su mayor tormento era ingerir alimento, porque se ahogaba. Tomó primero el extracto de hígado disuelto en agua, sin poner mala cara, aunque estaba muy amargo. Después tomó la mermelada, haciendo verdaderos esfuerzos para poderla tragar. Luego le quisieron dar una pastilla de extracto de carne. Por lo visto le daban otras veces sólo media. El se extrañó, pero, cuando la enfermera le dijo que como antes no la había tomado, quería ahora darle doble dosis, alargó la mano pidiendo el vaso y se la tomó. Por último tomó también el yogour.

Es realmente impresionante esta fidelidad de Isidoro a los más mínimos detalles de las prescripciones facultativas, observando por puro espíritu de obediencia, sobre todo si se tiene en cuenta que la escena anterior ocurría en período pre-agónico, exactamente tres horas antes de su muerte.

A Isidoro le sorprendió la muerte viviendo ese heroísmo difícil y escondido de la obediencia hasta sus últimas consecuencias, recordando aquellas palabras de Camino: «Obedecer siempre es ser mártir sin morir» (622).

Con Censura Eclesiástica

FAVORES OBTENIDOS POR SU INTERCESION

DIFICULTADES ECONOMICAS

MADRID.—«Hacia pocos días que había caído en mis manos la «Hoja número 11 de Isidoro», cuando me avisaron que tenía que hacer un pago de quinientas pesetas, con el que no contaba, en el plazo de veinticuatro horas.

Recordando una gracia concedida por Isidoro, que se relataba en la citada «Hoja», compré dos pesetas de cupones de los ciegos y encomendé el asunto con verdadera fe a Isidoro, pues me resultaba casi imposible encontrar esa cantidad en el plazo que me fijaban. Luego, con preocupación, adquirí otros cupones de diferentes números, pero siempre dos pesetas, ya que eran quinientas las que necesitaba.

A la mañana siguiente vi que el primer cupón adquirido había resultado premiado. Isidoro me había oído de una manera indudable.»—N. J.

MADRID.—«Nos encontramos hoy sin poder comprar el pan del día y a punto de cortarnos la luz, a pesar de tener que cobrar varias deudas de difícil cobro. Hemos recurrido a la intercesión de Isidoro para que nos resolviera este problema y, de manera excepcional, hemos recibido la cantidad necesaria para que desapareciera el agobio.»—D. A.

MADRID.—«Mi padre es representante de varias fábricas de tejidos de Cataluña. Está entre ellas una de las más importantes en determinada clase de telas, pero mi padre representa, tan sólo, de la sección de lanería que tiene poca importancia. Todas las circunstancias obligaban a pensar que habría de transcurrir aún bastante tiempo hasta que llegaran a encomendar a mi padre tal representación. En el mes de julio del año pasado, se inició en un almacén de Barcelona la venta del tejido, tras el que estaba mi padre, en unas condiciones tan sumamente bajas que todo hacía pensar en una venta directa de la fábrica a los comerciantes. Esta nueva modalidad de venta, por la que parecía haberse decidido la casa fabricante, eliminaba ya todas las esperanzas de mi padre.

Mi padre es de temperamento muy nervioso y las menores contrariedades le afectan grandemente sin que sepa sobreponerse a ellas. Por otra parte, el agobio de trabajo en que se hallaba y el encontrarme yo destinado fuera de Madrid sin posibilidad de prestarle la ayuda que necesitaba, iba agotando sus nervios, salud y humor. La enfermedad que padece mi padre, constituyendo permanentemente en la familia una causa de dolor común, es otro elemento que contribuía a la depresión de mi padre. Por aquellos días se hizo visitar por el médico. Este le apreció una fuerte depresión nerviosa que le hizo advertir el peligro de una neurastenia.

La situación económica de mi padre no me preocupaba. Su salud era lo que realmente me alarmaba.

Me dirigí a Isidoro. Dada la complejidad de asuntos que proporcionaban a mi padre el estado descrito, me atreví a pedirle su salud, mejora de su situación económica y poder venir yo a Madrid. Hice una novena, empezando el

primer día por visitar su tumba en la Almudena. No imaginé un sólo momento qué medios podría emplear Isidoro para dar solución a las tres cosas que necesitaba.

A los quince días de terminar la novena, le concedieron a mi padre la representación de los tejidos mencionados anteriormente. Moralmente fué muy grande su satisfacción: de una parte, por las mejoras que esto suponía, de otra, porque el hecho neutralizaba su último y mayor disgusto. Económicamente ha supuesto un considerable aumento de sus ingresos, lo que me ha permitido pedir la excedencia de mi destino y venir a trabajar a Madrid, haciéndome cargo de parte de su trabajo.»—X. X.

BARCELONA.—«Unos señores adeudaban a mi padre, que es un pequeño contratista de obras, una cantidad de bastante importancia para la economía de su empresa. Los deudores no parecían muy dispuestos a saldar la deuda, por lo que mi padre entregó el asunto a un abogado para que procediera por vía legal. A raíz de tomar esta medida nos llegaron firmes promesas de que en cierto plazo se nos cancelaría el débito, pasando uno y otro plazo sin que se cumplieran las promesas.

A instancias mías, y confiando en la ayuda de Isidoro, logré que mi padre concediera un nuevo plazo para saldar el negocio. Personados nuestro abogado y yo, en representación de mi padre, en casa del abogado de la parte contraria, el día en que se había convenido cancelar la deuda, se nos pidió que volviéramos tres días más tarde, pues habían aparecido inconvenientes imprevistos. Pasados los tres días se nos pagó lo debido en el despacho de dicho abogado. Este comentó después que había llegado a creer que no iba a lograr la cancelación del débito, pues había dos de las partes a las que afectaba el asunto que estaban dispuestas a no pagar, con el peligro, además, de convencer a alguna de las otras partes.

Habiendo implorado constante y únicamente a Isidoro la solución de este asunto, considero formalmente que a él se debe el haber logrado evitar tener que recurrir a los tribunales.»—J. G.

Quienes quieran contribuir con sus limosnas a la edición de esta HOJA o a los gastos del Proceso, pueden dirigirse al reverendo Vicepostulador de la Causa, Diego de León, 14 Madrid.

Los donativos pueden también enviarse por giro postal a la dirección arriba indicada, o bien ingresarse en cualquier banco para su abono en la cuenta corriente abierta en la Central del Banco de Vizcaya, en Madrid, con el título «Causa de Beatificación del Siervo de Dios Isidoro Zorzano Ledesma, del Opus Dei, Ingeniero de la RENFE.»

Las personas que deseen extender la devoción privada de Isidoro, pueden también enviar limosnas para imprimir más estampas o enviar sus señas para que se le remitan:

40 estampas..... 10 ptas.

ASUNTOS DIFÍCILES

BARCELONA. — «Habiendo aparecido muerta la madre de una conocida mía, pasó a la cárcel un yerno suyo que vivía en la misma casa y con el cual no se llevaba muy bien. Encomendé el asunto a Isidoro haciendo un triduo, y al tercer día estaba en libertad.

Lo que había sucedido es que, la anciana, sin decirselo a nadie, había cortado un trozo de la tubería de gas de su cuarto y se lo había vendido a un traperero. Como en su habitación sólo entraba ella, murió por asfixia.»—P. P.

BARCELONA. — «En nuestra familia había reinado siempre la paz y la armonía hasta el momento en que murió un tío mío que era, además, socio de mi padre en un negocio. Un hijo del difunto, sin atender a razones, quiso pleitear con nosotros y hemos estado seis meses hablando tan sólo de abogados y notarios.

Hice una novena a Isidoro y el conflicto ha tomado un cariz totalmente distinto del que, aun hoy, nos extrañamos todos. El asunto se ha solucionado por sí solo y de la mejor manera.»—M.^a T. M.

ARGENTINA. — «Dediqué mi vida al estudio, y llevo veintisiete años en una Universidad argentina, de los cuales he estado veinte en la Facultad de Medicina, en la que llegué a ser, por concurso, Adjunto de Química. Como no era médico, tenía cortado el camino normal para alcanzar el ser profesor titular de esta asignatura.

La Física Biológica, materia afín que cultivo, fué llenada por concurso con dos nombres, y como el Poder Ejecutivo exige el envío de una terna, la Facultad me pidió autorización para incluir mi nombre. El primer candidato, después de ejercer durante un año la cátedra, renunció para irse a Norteamérica. El segundo fué descartado por razones políticas, y por decreto del Ministerio fuí nombrado yo catedrático.

Atribuyo a la intercesión de Isidoro estos hechos, al que le había pedido intensamente que resolviera mi situación profesional, y así lo ha hecho.»—D. E.

MADRID. — «Habiéndome encontrado en una situación comprometida, me encomendé a Isidoro para que probase mi inocencia en un robo cometido. A los dos días se detuvo al culpable que confesó ser responsable de aquel delito.»—F. C.

GRACIAS ESPIRITUALES

X.—Hallándome en un difícil conflicto espiritual, llena de dudas entre dos caminos y sin ver ninguna solución a mi problema, me llegó la «Hoja de Isi-

ORACION PARA LA DEVOCION PRIVADA

Oh, Dios, que llenaste a tu Siervo Isidoro de tantos tesoros de gracia en el ejercicio de sus deberes profesionales en medio del mundo; haz que yo sepa también santificar mi trabajo ordinario y ser apóstol de mis amigos y compañeros: dignate glorificar a tu Siervo y concédeme por su intercesión el favor que te pido. (Pídase Así sea. Pater, Ave María, Gloria.

De conformidad con los decretos del Papa Urbano VIII, declaramos que esta oración no tiene finalidad alguna de culto público y que, en la interpretación de los favores y de la santidad del Siervo de Dios, en nada se pretende prevenir el juicio de la Santa Iglesia.

doro». No se quién me la mandó, pero se lo agradezco con toda el alma. Al leer la cantidad de gracias que se han alcanzado por su intercesión, le recé con toda devoción pidiéndole que las circunstancias me hicieran ver claro. Le pedía algo excepcional, porque todo seguía muy confuso y yo me encontraba en la más horrible de las indecisiones.

Nunca he visto más claro en mi vida como, una persona que siempre había parecido inmejorable, empezó a ser tal como realmente era. Estoy segura de que debo a Isidoro este favor, y ahora soy completamente feliz.»—M. S. C.

CURACIONES

MADRID. — «He tenido a mi madre enferma durante seis meses, en un estado de gravedad tal, que no encontrábamos ningún remedio humano para salvarla. Habíamos probado con ella toda clase de medicaciones modernas sin lograr ningún positivo porque no se sabía la causa de sus trastornos.

Fuimos a ver a un cirujano muy famoso que, aunque no nos daba muchas seguridades sobre la naturaleza de su enfermedad, nos aconsejó operar. Nos advirtió que las posibilidades de salir bien de la operación eran mínimas, pero eran las únicas que había. Como su debilidad iba en aumento y no veíamos ninguna otra salida, nos decidimos por la operación.

Se la llevó a un sanatorio en el que se operó, encontrando un tumor y teniendo que cortar treinta centímetros de intestino grueso. Viendo una de las monjas que su estado era desesperado nos dio, a mi hermana y a mí, una estampa de Isidoro Zorzano para que le encomendáramos la curación. Lo hicimos así y, a pesar de que su estado fué lo suficientemente grave para necesitar cuatro transfusiones de sangre, empezó a mejorar lentamente, y hoy, a los dos meses y medio de la operación, está completamente restablecida.»—T. S.

PALMA DE MALLORCA. — «Tenía una hija enferma que desde hace varios

años padecía del corazón y hace tres que había empeorado, estando casi siempre en la cama. Ultimamente se había agravado tanto que le administraron los Santos Sacramentos y esperábamos todos su muerte de un momento a otro.

En estas circunstancias me acordé de una amiga que, con gran insistencia, me había encargado que le encomendara la curación a Isidoro, porque decía que a ella le había curado a su esposo. Se lo pedí con todo el fervor de una madre a la que se le escapa su única hija. Le pedí no sólo que desapareciera su gravedad, sino que pudiera hacer una vida normal que desde hace muchos años no la había podido hacer.

Al día siguiente se inició una mejoría muy notable que nos extrañó a todos y que ha continuado hasta hoy. Hace ya una vida ordinaria, totalmente normal.» I. Ll.

Nos ruegan que publiquemos su gratitud a Isidoro por favores recibidos:

J., Peralada de la Mata (Cáceres); María del C. de Granada, Granada; S. C., Madrid; E. P., Madrid; J. F., Barcelona; una devota agradecida, Granada; J. B. C., Barcelona; L. C. F., Pontevedra; una alcarreña, Valencia; E. F. V., Madrid; Sor M. de J., Santander; V. G. M., Alcoy; E. A. B., Madrid; A. P., Málaga; P. G. D., Lérida; J. R. T., Tuy; J. J. P., Córdoba; IMO, Madrid; una madre agradecida, Málaga; C. O., Madrid; María D. B., Valencia; C. G. R., Madrid; M. G. V., Madrid; muy agradecida, Morón de la Frontera; C. de L., Madrid; M. L., Teruel; D. A. L., Málaga; J. L., Illán de Vacas; J. P. L., Valencia; P. V., Oñate; M. P. Ch., Jerez de la Frontera; D. T. M., Madrid; E. S., Quesada (Jaén); María S. G. B., Barcelona; M. C., Madrid; J. C. C., Palau Sabardera (Gerona); J. C., Barcelona; C. M., Rosario (Argentina); A. S. de F., Madrid; A. A., Barcelona; C. G. A., Madrid; J. G. A., Segovia; L. G. G., Sigüenza; un matrimonio agradecido (X. X. y M. G. R.), Ferrol del Caudillo; J. S., Santander; M. P., Alicante.

LIMOSNAS

PARA EL PROCESO

Agradecemos las limosnas que para los gastos del Proceso de Beatificación nos han enviado:

J. L. P., de Madrid, 50 pesetas; M. G. S., de Logroño, 50; X. X., de Madrid, 50; J. P., de Sagunto, 100; F. A. S., de Barcelona, 100; A. P. V., de Málaga, 75; S. A., de Rivadesella, 1.000; J. P., de Barcelona, 15; R. R., de San Sebastián, 25; V. M. A., de La Felguera, 100; I. F. C. H., de Valencia,

500; M. A., de Valencia, 100; X. X., de Madrid, 12; E. S., de Quesada, 10; J. G. de D., de San Sebastián, 525; P. J. V. E., de Oñate, 40; F. M., de Madrid, 500; un matrimonio agradecido, de Madrid, 30; señores de S. R., de Madrid, 1.500; J. Ch., de Cartagena, 100; X. X., de Madrid, 100; M. L., de Córdoba, 250; F. M., de Jerez, 10; J. V. de Pego, 100; A. A., de Barcelona, 150; C. C. U., de Utrera, 25; M. V., de Madrid, 5; señores de G., de Madrid, 100; Zaragoza, 200; R. C., de Valladolid, 100; X. X., de Madrid, 25; A. P., de Alcoy, Alicante, 50; A. L., de Ronda, 25; J. M.,

de Vendrell, 100; L. C., de Pontevedra, C. del C., de Bilbao, 500; A. M. F., de 25; L. Rl., de Logroño, 100; A. E., de 50; M. B., de Córdoba, 100; I. M., de Soria, 100; A. V., de Logroño, 15; M. G. de M., de Ciudad Real, 200; D. C., de Gerona, 20; señora de F. F., de Granada, 200; F. G., de Lezo, 200; L. Rl., de Celanova, 25; I. M. O., de Madrid, 2.500; A. M., de Salamanca, 105.

NOTA.—Dada la escasez del espacio con que contamos para reseñar las limosnas recibidas nos es imposible publicarlas todas.

NOTAS SOBRE LA VIDA DE ISIDORO

Isidoro Zorzano Ledesma nació en Buenos Aires, de padres españoles, el 13 de septiembre de 1902. Cursó sus estudios de segunda enseñanza en España, en el Colegio de los Hermanos Maristas, de Logroño. En la Escuela Especial de Ingenieros Industriales de Madrid obtuvo el título el año 1927.

Después de una breve estancia en la factoría de Matagorda (Cádiz), de la "Sociedad Española de Construcciones Navales", pasó a Málaga el año 1928, ingresando en la Compañía de los Ferrocarriles Andaluces. Durante su estancia en Málaga fué profesor de la Escuela Industrial de aquella ciudad.

En el año 1939, al terminar la guerra española, desempeñó en Madrid la Jefatura de la Oficina de Estudios de Material y Tracción de los FF. del Oeste; al producirse la unificación de los ferrocarriles pasó a la Jefatura de Estudios y Unificación de material de toda la Red Nacional.

En lo externo, nada aparatoso ni llamativo hubo en su comportamiento durante esos años de estudiante o de profesional. Sin embargo, en 1930 ingresó en el Opus Dei, siendo uno de los primeros que entendieron el camino de santificación enseñado, por el que años después había de ser el primer Instituto Secular de la Iglesia. Desde entonces, sin ningún cambio aparente, ni nada llamativo para los demás, sus actividades profesionales y todas sus ocupaciones estuvieron informadas por un nuevo espíritu. Santificó alegremente su trabajo ordinario, predicó a Cristo con la palabra y sobre todo con el ejemplo, y llevó siempre su humilde vida de entrega a Dios con heroísmo, de lo pequeño y de los detalles al parecer triviales.

Desempeñó su trabajo profesional siempre con la máxima dignidad y competencia. Aparte de la materias exclusivamente técnicas, mostró gran afición por las cuestiones sociales y de organización del trabajo. Cumplía sus obligaciones con una exactitud perfecta. Por sus virtudes y por su valía y conocimiento profesional, gozaba de gran prestigio entre sus compañeros y subordinados. Dicen de él que era un verdadero padre para éstos y al mismo tiempo un Jefe magnífico. Desempeñó su labor con gran capacitación, captándose las simpatías de sus Jefes y del personal obrero, que le respetaba y consideraba con verdadero afecto. Este dato es muy significativo en una época y en un ambiente de luchas sociales enconadas.

La santidad de Isidoro Zorzano—a quien no faltaron gracias y hechos extraordinarios durante su vida se caracterizó, sobre todo, por el cumplimiento perfecto de sus obligaciones, incluso las más pequeñas. Adornado de grandes virtudes humanas, supo sobrenaturalizarlas en grado heroico. Sobresalía en él su admirable espíritu sobrenatural, nacido en la profunda fe que penetraba todas sus acciones; una gran humildad llena de sencillez y naturalidad—y nada aparatosa—con la que trataba de encubrir sus propias virtudes; una prudencia extraordinaria y una caridad encendida.

Hizo todo el bien que estaba a su alcance, a todos, sin distinción de clases, ideas ni categorías; y su caridad fué heroica en circunstancias extraordinarias o particularmente difíciles; caridad delicada y fina con los pobres, con los obreros, con sus alumnos. Admirablemente heroica en la naturalidad con que se olvidaba de sí mismo para estar pendiente de las

necesidades espirituales y materiales de los demás, hasta llegar en su lecho de muerte a orar y ofrecer sus dolores por el bien de todas las almas, coronando así un apostolado de caridad.

Agradable por su sencillez, sin ponerse nunca trascendental. Buscaba con discreción y sin aparato los últimos lugares, y en sus comentarios transcendía una tendencia nada común a valorar en mucho a los demás, estimándose muy poco a sí mismo, y a atribuir a otros los éxitos y méritos que muchas veces a él sólo le correspondían.

Murió Isidoro Zorzano la tarde del día 15 de julio de 1943, víspera de Nuestra Señora del Carmen, a los cuarenta años, y después de una enfermedad larga y extremadamente dolorosa, sobrellevada con alegría y espíritu sobrenatural.

Su santidad fué alegre y simpática. Su sonrisa permanente es recordada con unanimidad por cuantos le conocieron. Nunca se le vió malhumorado ni alterado, y no tan sólo no se quejaba jamás de incomodidades o privaciones, sino que las buscaba con alegría. Su sonrisa encubría todos los trabajos por molestos que fuesen, al igual que sus aficiones o gustos, que no manifestaba nunca.

Fué heroicamente humilde, incluso en sus virtudes. Sólo cuando sus compañeros y personas que le trataban advertían la exactitud y fidelidad a su trabajo, la delicadeza en los detalles, su conducta intachable, su caridad, su alegría, se daban cuenta de que sólo una continuada y extraordinaria virtud podía explicar su vida. Así, su ejemplo continuo y fecundo influyó en cuantos le rodeaban y dió frutos sin extrañeza de nadie y con absoluta naturalidad.

Remite:

Rvdo. VICEPOSTULADOR DE LA CAUSA
DE BEATIFICACION DE ISIDORO

Diego de León, 14
MADRID

ROGAMOS A NUESTROS LECTORES QUE NOS ENVIEN RELACIONES CON NOMBRES Y SEÑAS DE LAS PERSONAS A QUIENES PUEDA INTERESAR RECIBIR ESTA HOJA